

—Mariano, me acabo de dar cuenta de que sólo me he maquillado una sola vez en mi vida.

—¡Qué me dices!, con lo que tú eres.

Me obligaron a pintarme los ojos y a ponerme un traje de chaqueta el día de mi boda y ni con esas se me quitaron las ganas.

¡Mucho tenías que querer a tu pareja!

Mariano, es un hombre pacífico, grande, de hablar tranquilo y andares cadenciosos, comparte casa, que no habitación, con Amelia. Ambos retirados han encontrado el equilibrio en su entendimiento.

Sus brazos largos y de abundante pelo son los dueños de unas manos expresivas que acarician con frecuencia su pelo completamente blanco. Su rostro, que en nada se parece a sus modos apacibles, es puntiagudo, muy alargado y lo adorna con una perilla que le cae en forma de triángulo sobre el pecho. Los ojos, que son pequeños, verdes, están separados más de lo debido y su nariz entre los dos, surge como un inmenso monte.

Ella es regordeta, sin apenas arrugas en la cara, cantarina y cojea un poco cuando camina. Su cabello se inicia en el arte de las canas y su rostro afable y redondito es simpático, igual que toda ella. Es de aspecto descuidado, pero Mariano sabe siempre dónde está gracias al rastro de colonia que la sigue.

Frente al ordenador lleva, en el salón, casi una hora. Sus dedos, regordetes y cortitos, deformados por el tiempo, picotean las teclas una tras otra sin parar. Tiene un programa nuevo para escribir historias, está contenta:

—«Este programa se adapta a sus necesidades.» —ponía en la cajita.

Mariano, sentado al otro extremo del salón, lee el periódico de arriba abajo, siempre empieza por el centro. Lee y observa, él huele a silencio.

Ella, se ha planteado hacer tareas que suavicen su incipiente deterioro; se ha propuesto aprender un par de palabras nuevas cada día, aunque no siempre atina con hora.

—Amelia, es la hora de las palabras. —Le dice sin apartar la vista del periódico.

—Es verdad, es verdad... Hoy me tocan la 113 y la 114.

Anota cada palabra en una lista y las numera cuidadosamente, pero al cambiar de tarea para descansar de aquella, las olvida.

—Qué buena idea tuviste al decirme que las apuntara. —le comenta.

Una de las cosas que más le cuesta, es acordarse de lo que han comido a medio día. A la hora de la merienda suele preguntar —Y hoy, ¿qué hemos comido? Alguna vez, Mariano, no le ha dicho la verdad y ella se ha quedado tan contenta.

Últimamente, se cansa mucho más que antes, si bien no sabe cuándo empezó ese antes. Él tiene la teoría de que el cansancio es producto de haber vivido con demasiada intensidad.

Cuando se lo dijo, Amelia vislumbró una luz, decidió cambiar de actividad con más frecuencia, para descansar más veces y eludir eso que Mariano llama *intensidad*.

Tienen, desde hace poco, televisión de pago, ella no quiere ver anuncios, le hacen perder el hilo de lo que está viendo, a Mariano le da igual, a él lo que le gusta es leer.

—Pagar para «no» ver, es el colmo. —le había dicho.

—Voy a poner las noticias, hay que estar al tanto de cómo anda el mundo, ¿No te importa verdad?

—No, pero te aviso, anda mal, muy mal. —«Cómo tú», pensó.

—«...197 días de horror», —destaca el titular bajo la imagen.

Sus ojos, pequeñitos, se hacen diminutos:

Mariano, que parece que lee con un ojo y observa con el otro, dice:

—Amelia, las gafas.

Esta vez, no ha tenido que buscarlas y mientras se las pone piensa: —A mí me faltan pocos días para llegar al 197...

Le cuesta sobreponerse a las imágenes.

—Es importante no perder el norte, somos unos privilegiados; esta manía que tenemos de quejarnos por majaderías...—comenta.

—Qué razón tienes Amelia, qué razón tienes.

Atenta, observa y escucha a una enviada especial, «en directo desde Ucrania»:

—Los ucranianos bla, bla; bla; bla, bla, bla... «*Sin intercambio*» Rusia...

Mariano levanta la vista del periódico, lo arruga sobre sus piernas y estupefacto mira a Amelia que a su vez le mira descompuesta... Sólo atinan a escuchar cómo respiran, con el sonido de los fuelles de una fundición.

El programa sigue:

—«*Volvemos en unos minutos, después de la publicidad...*»

Sin poder escapar a la inercia que le augura llegar a lo que realmente le interesa saber, cómo va esa condenada guerra sin faltas de ortografía —a ser posible— Amelia sigue atenta a la pantalla, no atiende a los anuncios, pero de repente escucha:

—«...El Corte Inglés, la tienda oficial de tus emociones».

De un brinco, se levanta. Se dirige a Mariano con decisión y por primera vez, le da una orden:

—Mariano, ¡vámonos!

Amelia cojeando y él a su rebufo, se acercan al mostrador:

—Por favor, me pone cuarto y mitad de *ira* y un par de lonchitas de *rabia*.